

El dormitorio en el apartamento del consejero. Las cortinas están echadas y la habitación casi a oscuras. Se ve la cama desde detrás y a dos personas acostadas en ella. El diálogo suena a veces amortiguado por las sábanas, de ahí que aparezca en SUBTÍTULOS en la pantalla.

LAURA: ¿Estás despierto?

CONSEJERO: No.

LAURA: Bueno.

CONSEJERO: ¿Qué hora es?

LAURA: Las dos. Casi.

CONSEJERO: Las dos y qué más.

LAURA: ¿Cómo?

CONSEJERO: De la mañana o de la tarde.

LAURA: No hablarás en serio.

CONSEJERO: Solo a medias.

LAURA: De la tarde.

CONSEJERO: Ya lo sé. Eres lo más sexy del mundo.

¿A qué hora sale tu avión?

LAURA: A las siete cuarenta.

CONSEJERO: ¿Qué haces?

LAURA: ¿Yo? Nada.

CONSEJERO: Tendrán que sacarme de aquí con una grúa.

LAURA: Si quieres, hablamos.

CONSEJERO: ¿Crees que deberíamos tomar un café?

LAURA: ¿Lo crees tú?
CONSEJERO: Supongo que no.
LAURA: Me he pasado dos semanas sin verte. Y tengo que volver esta noche.
CONSEJERO: Ya lo sé. Dime algo sexy, anda. Las palabras significan mucho para los hombres.
LAURA: Está bien.
CONSEJERO: Pues venga.
LAURA: Estoy pensando.
CONSEJERO: Bueno.
LAURA: Quiero que me metas la mano por dentro del vestido.
CONSEJERO: Si no llevas vestido...
LAURA: ¿Y qué más da? Es una cosa que te gusta oírme decir.
CONSEJERO: Ya lo sé. Pero tendría que ser de verdad, ¿no?
LAURA: Vale, de acuerdo. Quiero que metas la mano por dentro de mis bragas.
CONSEJERO: Estamos en las mismas. Casi será mejor que digas claramente lo que quieres que te haga.
LAURA: Quiero que me toques.
CONSEJERO: Que te toque dónde.
LAURA: Que me toques ahí abajo.
CONSEJERO: Lo deseas de verdad.
LAURA: Mucho.
CONSEJERO: Dilo un poco más sexy.
LAURA: Quiero que me lo toques.
CONSEJERO: Cielo santo. ¿Estás mojada?
LAURA: Sí. Ooh... Cariño...
CONSEJERO: Pero si estás chorreando.
LAURA: Ya lo sé.

CONSEJERO: ¿Se puede saber cómo te has puesto en este estado?

LAURA: Oooh... Pensando en ti.

CONSEJERO: Pensando qué de mí.

LAURA: En tu dulce cara entre mis muslos.

CONSEJERO: Dios, cómo eres.

LAURA: Cariño... Ay, creo que debería ir a arreglarme.

CONSEJERO: No quiero que te arregles. Quiero que me hagas cosas.

LAURA: ¿Estás seguro?

CONSEJERO: Segurísimo.

LAURA: De acuerdo.

CONSEJERO: ¿Cómo te volviste tan mala?

LAURA: Saliendo contigo. ¿Puedo decirte una cosa?

CONSEJERO: Naturalmente.

LAURA: Pienso que anoche te superaste a ti mismo.

Creí que no podía dejar de correrme.

CONSEJERO: ¿Sabes las consecuencias que eso tiene para el ego de un hombre?

LAURA: Sí. ¿Continúo?

CONSEJERO: Por favor.

LAURA: Dios. Despacio. Despacio. Sí. ¿Cómo aprendiste a hacer eso?

CONSEJERO: Saliendo con chicas guarras.

LAURA: Me has echado a perder. Lo sabes, ¿verdad?

CONSEJERO: Eso espero. Dios. Tienes el coño más succulento de toda la cristiandad, ¿lo sabías?

LAURA: ¿Qué dicen las chicas cuando les haces eso?

CONSEJERO: No hay ninguna otra chica. Solo tú.

LAURA: Pero las ha habido.

CONSEJERO: Hace mucho tiempo. Ni me acuerdo.

LAURA: Claro que te acuerdas.

CONSEJERO: ¿En serio quieres saberlo?

LAURA: Sí.

CONSEJERO: Está bien. Normalmente decían «Oh, Dios mío», o «Cristo Jesús». Pero casi siempre algo así, tipo religioso.

LAURA: Eres muy divertido.

CONSEJERO: A ellas les gusta que las hagan reír. Dime qué más quieres que te haga.

LAURA: Tú ya lo sabes.

CONSEJERO: Dilo.

LAURA: ¿Y si te escandalizo?

CONSEJERO: Mala suerte.

LAURA: ¿Seguro?

CONSEJERO: Sí.

LAURA: Vale. Quiero que me folles con el dedo.

CONSEJERO: ¿Qué?

LAURA: Ya me has oído.

CONSEJERO: No me lo puedo creer.

LAURA: Pues créetelo.

CONSEJERO: Estás ya en el siguiente nivel de depravación, ¿no? Yo pensaba que a las chicas no les gustaba demasiado.

LAURA: Depende de la chica.

CONSEJERO: A ti sí.

LAURA: Quiero que metas el dedo y busques el punto y empujes.

CONSEJERO: Cielos. ¿Ahora?

LAURA: No. El jueves.

CONSEJERO: Dios.

LAURA: Oooh... Dios, sí, sí. Oh. Creía que no sabías hacerlo.

CONSEJERO: Yo no he dicho tal cosa. Dios, eres tan seductora...

LAURA: Calla.

CONSEJERO: Vale.

LAURA: Calla. Oh. Dios. Oh, Dios mío.

CRÉDITOS

Taller mexicano. Un operario ataviado con mono y gafas de faena y provisto de un soplete está cortando lateralmente el depósito de un camión cisterna Ford modelo F-650 para aguas residuales.

Taller mexicano. El depósito del camión ha sido cortado en dos y una grúa está introduciendo un bidón de doscientos litros por la parte superior del depósito. El operario está metido dentro esperando para aflojar los ganchos y el cable.

Pradera en el desierto, parecida a la región que rodea Patagonia (Arizona) o a la zona al este de Las Vegas (Nuevo México). Cae la tarde. Hay un Cadillac Escalade blanco aparcado a la vera de un arroyo bajo unos imponentes álamos de Virginia. Enganchado a la trasera del vehículo hay un remolque para dos caballos y el Escalade tiene el portón trasero bajado. La puerta del conductor está abierta y un hombre —Reiner— sentado al volante mira desde la puerta con unos prismáticos. Va bien vestido, con pantalones chinos, camisa de sport y botas de piel, unas Gokey a prueba de serpientes.

Desierto. Cae la tarde. Un guepardo pasa corriendo a gran velocidad.

Amsterdam, una calle con tiendas, un canal. El consejero cruza un puente. Viste un traje de verano, sin corbata, y en una mano lleva una cartera de nailon negro.

Desierto. Una mujer muy atractiva —Malkina— está sentada con las piernas cruzadas en el portamaletas del techo

del Escalade. Luce un sombrero de cowboy negro con la copa chata y barbuquejo de cuero trenzado. Camisa blanca y chaleco de piel, unos pantalones de montar de pana y botas de cuero caras. Lleva la cabellera negra recogida atrás y está mirando por unos prismáticos de los caros acodada sobre sus rodillas.

Taller mexicano. El operario soldando otra vez la parte superior del depósito.

Taller mexicano. El operario está aplicando el cordón de soldadura a lo largo del costado del depósito con una amoladora eléctrica en medio de una lluvia de chispas.

Desierto. Una liebre corre entre la hierba. El guepardo la atrapa y acaba con ella en medio de una nube de polvo.

Desierto. La mujer baja sus prismáticos, cierra los ojos y se aprieta los costados con los codos. Casi da un respingo. Desde tan cerca se ve el gato egipcio que lleva tatuado en un lado del cuello. Un segundo guepardo, que está encadenado al Escalade, se levanta y gira sobre sí mismo antes de echarse otra vez y fija la mirada en la lejanía.

Taller mexicano. Un hombre con mono de faena y mascarilla autofiltrante está pintando a espray el depósito del camión cisterna dentro de un cubículo para pintar.

Oficina de un vendedor de diamantes en Amsterdam. Habitación con paneles de madera, estilo antiguo. El vendedor está en mangas de camisa, con tirantes y corbata. Empuja el microscopio por encima de la mesa. El consejero se inclina sobre el microscopio. Encima de la mesa, entre ambos, hay un paño negro de joyero con siete u ocho diamantes de entre tres y cinco quilates. El consejero levanta la vista y el vendedor alarga el brazo y tira del microscopio hacia sí, hace un gesto con la mano, como quien se encoge de hombros, y retira el diamante de la pinza y lo deja sobre el paño y monta otra piedra en la pinza y empuja de nuevo el mi-

croscopio. El consejero examina la piedra. El vendedor le observa.

Pequeña localidad portuaria mexicana en el golfo de California. Varios camiones están siendo descargados y luego recorren un trecho de muelle en dirección a un almacén con un rótulo sobre la puerta donde reza Aduana. Uno de los vehículos es el camión cisterna de aguas residuales. Le hacen señas para que se arrime y el conductor entrega un sobre marrón al inspector de aduanas, que se lo guarda dentro de la chaqueta. El camión parte hacia la carretera.

Desierto, al ponerse el sol. La mujer cabalga por la pradera casi a galope tendido a lomos de un buen caballo árabe. Silla de montar inglesa. Hace girar a su montura y mira hacia atrás y luego se inclina sobre el pescuezo del caballo para apremiarlo. Los dos guepardos la adelantan y desaparecen entre el polvo.

Desierto en el sudoeste. Montañas rielando a lo lejos. Perspectiva de una larga y recta carretera de asfalto casi líquida en las ondas provocadas por el calor.

Desierto en el sudoeste. El camión cisterna está detenido en el chaparral. El conductor abre la puerta y se yergue, sujetándose al techo de la cabina y a la parte superior de la puerta. Su compañero mira a través del parabrisas con unos gemelos. En lontananza una hilera de rezagados atravesando el chaparral: hombres y mujeres con maletas, con bolsas de ropa al hombro. El que está erguido se saca un cigarrillo del bolsillo de la camisa y lo enciende y expulsa el humo despacio.

Oficina del vendedor de diamantes.

CONSEJERO: Tiene que ser algo que a ella no le resulte incómodo llevar. No quiero regalarle un diamante tan grande que le dé miedo lucirlo.